

no ha podido abrir; este informe lo tengo de persona que merece confianza. He dejado custodiada la casa y me propongo mandar romper la puerta en mi presencia: desearía que vd. me acompañase para proceder con acierto.

—Vamos allá, Señor Licenciado, yo indicaré el lugar con exactitud, y celebro tener la oportunidad de ir á recoger mi pañuelo que dejé allí por olvido junto al enfermo; es un lienzo blanco marcado en negro con las letras de mi nombre.—

Efectivamente, practicada la rotura de la puerta se encontró la pieza como la había descrito el confesor, y su pañuelo caído en el pavimento con señales de haber sido pisoteado; y nada más, porque el moribundo había desaparecido, y el Padre dijo que no tenía permiso para ampliar su declaración sino hasta después de algunos años.

El Corregidor guardó su comenzado expediente, y el suceso quedó por mucho tiempo en el misterio.

Desde luego el prudente anciano adoptó la costumbre, que nunca se le había observado, de comprar billetes de lotería; y habiendo obtenido muy pronto un premio de importancia, hizo viaje á México para cobrarlo, pero al poco tiempo regresó sin un peso, diciendo que el dinero había sido empleado en mandatos de conciencia.

Pasaron diez años, y aún vivía el anciano.

Entonces pudo hablar, y habló comunicando á la autoridad y á sus amigos cuanto supo de aquel suceso misterioso, en esta forma:

—Hace poco tiempo que volví á ser llamado, no á media noche, sino á medio día, no para la accesoria empolvada, sino para la casa del frente, amplia vivienda solariega que revelaba ser hija de buenos padres: un criado joven, sin embozo alguno me condujo á la presencia de su amo que agonizaba en un lecho antiguo y elegante.

El enfermo, reconociéndome con algún trabajo y esforzándose para hablar en alta voz, me dijo: «Padre, quiero confesarme en público para satisfacción de mi alma cargada con delitos ocultos hasta hoy; y ruego á vd. cuente á todos mi confesión, asegurándole que si Dios me libra de esta enfermedad, iré á presentarme al Gobierno para que me apresen ó me ahorquen. Conocido de todos era el Señor Don Juan..... que tenía un hijo llamado Enrique, y una huérfana, Estefanía, de quien era tutor. Los dos jóvenes se amaban, y como Don Juan también quería á la niña, y además deseaba apropiarse su riqueza, dispuso una cosa horrible contando con mi ayuda: encerramos al niño bajo fuertes rejas en una pieza de esta casa diciéndole que estaba loco; allí quedó bajo mi resguardo mientras Don Juan se llevó á la niña á México, porque ella de veras se volvió loca; y al regresar contó á todo el mundo que su hijo había muerto, quedando Estefanía encerrada en un hospital; esto último fué cierto. Don Enrique vivió algunos años prisionero sin ver á nadie más que á mí cuando le llevaba la comida. Muchas veces lo miré llorar, otras, daba señales de haber perdido la razón, y nunca dejó de preguntarme por la niña y pedirme algún libro para entretenerse; pero yo tenía órdenes precisas de Don Juan, quien me había ofrecido dejarme su fortuna cuando muriera. El joven fué quien murió primero; lentamente se consumió de tristeza y de dolor, no tuvo otra enfermedad; el caso fué que como llegó á manifestarme algún cariño, yo sentí lástima por él; un día me dijo:—me muero y quiero confesarme, te doy palabra de no comprometerte; traeme un Padre y me confesaré delante de tí para que no temas resultado alguno.—Entonces, como ya no podía moverse, discurrí llevarlo en brazos á la accesoria que veía yo siempre vacía, y no me fué difícil proporcionarme una llave para abrir y volver á dejarla cerrada cuando lo saqué después de que vd. lo confesó..... ¿Se acuerda vd.?..... Momentos después de volver á su prisión ya se había muerto sin decirme una palabra. Don Juan, que nada supo de la entrevista de vd., me dió orden para que luego lo enterrase muy hondo en el segundo patio, y á los pocos días se fué para España después de obsequiarme esta casa, que malamente he conservado; y no hace mucho tiempo tuve noticia de que aquel mal hombre naufragó regresando para México, sin duda porque quiso venir en busca de la niña. También llegué á saber..... Padre..... que vd., compadecido de la infeliz Estefanía, fué á México, y sacándola del hospital de locos, la puso en casa de personas bondadosas que hasta hoy están vigilándola y recibiendo de vd. una mesada suficiente para sus necesidades.—

Esta fué la relación del agonizante que había burlado la justicia de la tierra y que aquel día fué á presentarse al tribunal de Dios.

VII. LA MONJA LOCA.

Conocida es la Leyenda histórica que con el nombre de «Sofía» publicamos en algunos periódicos, hace treinta años; mas como uno de los propósitos de la presente obra es consignar todas las historias y leyendas oaxaqueñas que hayamos podido conocer, nos permitimos ahora reimprimir aquel ensayo poético, siquiera sea en extracto, precediéndolo de una exposición que contiene lo puramente histórico.

Argumento.

Allá por el siglo XVIII vivía en Oaxaca uno de los buenos españoles que, después de haberse dedicado á elaborar una gran fortuna, la invertían en fundaciones piadosas, y procuraban por todos los medios posibles que sus hijas se dedicasen á la vida monástica.—La hija de aquel señor cuyo nombre no ha pasado á la historia, por más enclaustrada que se veía en su casa, nunca tuvo inclinación por el claustro, y llegó á prendarse de un joven elegante que no era rico, pero decente y laborioso.—Sus relaciones eran casi nulas; apenas podían verse á cuatro cuadras de distancia, ella en la azotea de su casa, y el novio desde las torres de la Catedral; no obstante, juraron llegar á casarse cuando Dios lo permitiese.—Desgraciadamente un error funesto muy pronto deshizo las ilusiones de los dos.—En aquella situación en que ni la una ni el otro podían dirigirse una carta, recibió el joven la recomendación de un amigo, residente lejos de Oaxaca, para que lo representara en su matrimonio *por poder*, cuya ceremonia tuvo efecto un Domingo á las cinco de la mañana en el Sagrario.—Quiso la fatalidad que aquel día festivo no hubiese misa en el oratorio de nuestra heroína, y acompañada por una señora, que ignoraba los amores de su pupila, se dirigió al templo, donde silenciosa y resignada hubo de presenciar aquel matrimonio que para ella equivocadamente fué un engaño, un desprecio, una infamia de su prometido.—Al día siguiente la pobre niña, voluntaria y tranquila, con gran contentamiento de su padre, ingresó de novicia en el Convento de Capuchinas; pero su decisión y su calma eran ficticias porque algunas horas después había perdido la razón.—Las protestas de su padre para que aclarase aquel engaño fatal, y los ruegos de las monjas para que saliera del convento, asegurándola que no había profesado, fueron inútiles: largos años vivió muda, triste, completamente loca; siempre se resistió á llegar á la puerta de la calle que se la franqueaba, y á menudo se la veía sentada en la orilla de la fuente de la huerta deshaciendo flores y arrojando los pétalos en el agua sobrante que se perdía en un angosto acueducto; allí gemía en silencio lamentando quizás no poder salir con las flores, marchitas como ella, en busca de un ser que había pasado por su vida como una sombra encantadora.

Hasta aquí la historia; posteriormente la imaginación de los narradores le ha dado un epílogo.—El amante, desdichado también, huyó á México en donde vivió devorando sus pesares, y para colmo de infortunios, llegó á perder la vista.—Entonces una persona compasiva lo trajo á Oaxaca porque aquí deseaba morir.—Pobre y enfermo, sin darse á conocer, bajo la triste indumentaria del mendigo, imploraba la caridad pública vagando diariamente por las calles próximas al Convento de Capuchinas, ó permaneciendo muchas horas en la iglesia, hasta que un día se le encontró muerto junto al coro en actitud de suplicante.—Poco después el canto *De profundis* y el toque de agonías en el Templo de San José participaron que *la monja loca* estaba concluyendo su desgraciada existencia.

FRAGMENTOS.

I.

Bella es Oaxaca, en su sereno cielo
Se eleva el sol con esplendente ardor,
Y de la noche tras el denso velo
La ve la luna con tranquilo amor.

Bella es Oaxaca, céfiros y olores
Y hermosas noches el Creador la dió,
Sus altos montes alfombró de flores
Y áurea riqueza en su interior guardó.

Como en Oriente brindan las estrellas
La limpia luz de su eternal fulgor,
Como en Oriente sus mujeres bellas
Tienen sonrisas de infinito amor.

De una colina en la espaciosa falda
Sus torres alza dentro de un pensil
Donde ocultan las frondas de esmeralda
Flores y frutos de su eterno Abril.

Grata frescura de Atoyac recibe
Viendo las aguas á sus piés correr,
Como la corza que tranquila vive
En la rivera que la vió nacer.

Y de aquel río en la tranquila orilla
Donde un extenso cañizal se vé,
Había una quinta en lo exterior sencilla,
Que fresco oasis por adentro fué.

En aquel tiempo el padre de Sofía,
Celoso y rico, la heredad compró,
Allí su oculta habitación tenía
Y un bosquecillo en derredor plantó.

Y en la casa recóndita y lujosa
A nadie le era permitido entrar,
Mansión, decían, de alguna ninfa hermosa
Que desgraciada se encerró á llorar.

Tímida jóven de cabellos de oro,
Pura como el albor de un bello día,
De casto amor angelical tesoro,
Era la blanca y virginal Sofía;
Cual una hurí del paraíso moro,
Dulzura y fuego en el mirar tenía,
Tierno modelo de filial cariño,
Alma de angel, corazón de niño.

Poética rosa de la suerte ajada
Y con el soplo del amor unguada
Estrella fué por el Señor lanzada
En el espacio á caminar perdida;

Alma inocente á padecer llamada,
Perdió á su madre al recibir la vida,
¡Ay! la infeliz para pisar abrojos
Abrió á la luz sus hechiceros ojos.

¿Qué pensamiento en su cerebro existe
Que preocupada y solitaria gime?
¿Porqué su frente de dolor se viste
Y su sencillo corazón se oprime ?
Triste es su acento, su mirada es triste;
Y recogida en éxtasis sublime,
Sus lindos ojos hácia Dios levanta,
De amor se queja y de tristeza canta.

II.

Era Don Luis de Lozada
Jóven honrado y gentil;
Tenía fuego en su mirada
Y en el rostro dibujada
La belleza varonil.

Allá en su niñez un día
Sintió agradable impresión
Al conocer á Sofía,
Y una oculta simpatía
Conmovió su corazón.

Niña buena y cariñosa,
Aún contaba seis Abriles
Cuando alegre y bulliciosa
Se asociaba candorosa
En sus juegos infantiles.

Desde entónces se quisieron,
Desde entónces ¡ay! se amaron,
Y los dos se comprendieron,
Y lucharon y sufrieron
Cuando al fin los separaron.

III

Apenas amanecía
Y ya á Don Luis le ocupaba
Y la calma le robaba
Una carta que leía.

Del alba al tímido rayo
Leyó así, una y otra vez:
"México, veinte de Mayo
De mil setecientos diez."

"Luis querido y muy querido,
Tú que siempre bondadoso
Tan cumplido y generoso
Como hermano me has servido,"

"Ya sabes que conocí
Una vírgen blanca y pura,
Que la quice con locura
Y á su padre la pedí,"

"Como empleado es mi deber
No dejar aquí mi puesto,
Y en tal apuro he dispuesto
Desposarme por poder."

"Cuando empiece el día á alumbrar,
A una iglesia obscura y sola,
Te suplico que á mi Lola
La conduzcas al altar"

Dos días después la boda había pasado
Como pasan las cosas en el mundo;
Viene el placer tras el pesar profundo,
Y se alzan pueblos donde había un volcán.

Una noche á Don Luis ya recogido,
Con mucha precisión le despertaron
Y otra carta cerrada le entregaron
Que luego abrió con azaroso afán.

La firma vió con gusto y extrañeza,
Pero muy pronto se nubló su frente,
Y al concluir, una lágrima candente
Por su blanca mejilla resbaló.

Trémulo, incierto, se quedó un momento,
De repente sonrió con amargura,
Y algo extraño sintiendo en su locura
Hácia la calle con furor corrió.

He aquí la carta, acaso mal escrita,
Pero con llanto la firmó Sofía,
Porque engañada la infeliz creía
Que era Don Luis á su cariño infiel.

Una mañana cuando entraba al templo
Halló á su amante ante el altar con Lola,
Y viendo muerta su esperanza sola
Volvió á su casa y le escribió con hiel:

"Mira D. Luis, por último, mi llanto,
De luchar y sufrir estoy cansada,
Una mujer que hiciste desdichada,
Toda su vida llorará por tí
Voy á ser monja por dejar el mundo,
Y aún al trazar mi amarga despedida
Quisiera hablarte de la edad perdida
Cuando dichosa con tu amor viví"

"Nomás me queda un alma fatigada
Para llevar mi padecer sombrío
Sola en el mundo, más ¿qué haré Dios mío,
Si ya también se me acabó el valor? . . .
Iré vertiendo lágrimas de sangre
Sin esperar consuelo en mi agonía,
Así arrastrando la existencia mía
Hasta que al fin me matará el dolor."

"Adios, Adios; el corazón me duele,
Ya miro todo que de mí se aleja,
Del monasterio la inflexible reja
¡Ay! para siempre se me cierra en pos.
¡Bendito asilo cuyo inmenso muro
A la inocencia desdichada encierra!
¿Qué había de hacer? me abandonó la tierra
Y hallé un abrigo en el altar de Dios."

IV.

No turbeis la angusta calma
De esa rosa solitaria,
Dejad que alce su plegaria,
Es muy grande su dolor;
Ha consagrado su vida
Para siempre está ofrecida
A los piés del Redentor.

Que buscando infortunada
Un remedio á sus quebrantos,
Su belleza y sus encantos
En el claustro sepultó.
Como víctima sagrada,
Inocente y resignada
En el templo se inmoló

Y aceptó con heroísmo
Consumando el sacrificio,
La pobreza y el silencio,
La clausura y el sayal,
¡Que sublime es bajo el velo,
Protegida por el cielo
Su belleza angelical.

La mirada dulce y triste
A través del negro velo,
Con frecuencia eleva al cielo,
Donde está su porvenir;
Y en el huerto siembra flores,
Donde al fin de sus dolores
Su sepulcro se ha de abrir.

Las esposas del Eterno
En quietud con ella viven,
Y los ángeles reciben
Su dulcísima oración
Cuando canta en el santuario
O en el claustro solitario
Con las vírgenes de Sión.

Solo escucha en su retiro
Los suspiros de la fuente
Y la tórtola inocente
Que á su celda vá á cantar;
Y en la noche y la mañana
El plañir de la campana
Que á su muerte ha de tocar.

Ya está exenta del martirio
De llorar enamorada,
Porque su alma acrisolada